

PG 3367

.55

56



INSTITUTO CERVANTES DE LITERATURA

116295

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Manceu

---

## LA SONATA Á KREUTZER

---

Pero en verdad os digo que cualquiera que mira á una mujer para desearla, ha cometido ya un adulterio con ella en su corazón.

(S. Mateo, vers. 28.)

Y sus discípulos le dijeron: Si tal es la condición del hombre con la mujer, no conviene casarse; pero él les dijo: No todos son capaces de eso, sino solamente aquellos á quienes está permitido; porque hay eunucos que nacieron tales desde el vientre de su madre; los hay á los que otros hombres hicieron eunucos, y los hay que se hicieron eunucos á sí mismos para ganar el reino de los cielos. El que pueda comprender esto, que lo comprenda.

(San Mateo, XIX, 10, 11, 12.)

### I

Nos hallamos en los comienzos de la primavera.

Dos días con sus interminables noches llevábamos de viaje en ferrocarril.

Cada vez que el tren paraba, su-

bían nuevos viajeros á nuestro coche y bajaban otros á la vez. A pesar de aquel continuo subir y bajar del coche, siempre quedaban tres personas que, como yo, se dirigían á la estación más distante; eran éstas una señora, ni joven ni vieja, de semblante marchito, con gorra á la cabeza, un paletó de hombre, y fumando cigarrillos; su compañero, caballero muy locuaz, de unos cuarenta años, que llevaba un bonito equipaje, perfectamente arreglado; y por último, otro caballero de edad regular, bajo de estatura, nervioso, con unos ojos muy abiertos y brillantes, de color indefinido y muy atractivos, ojos que miraban con ligereza de un objeto á otro. Este señor se mantenía á larga distancia de nosotros, y no entabló conversación durante casi todo el trayecto con viajero alguno, como si quisiera evitar toda clase de relaciones con sus com-

pañeros de viaje. Si le dirigían la palabra, contestaba brevemente y se ponía á mirar por la ventana del coche.

Yo atribuí esta obstinación á que le pesaba la soledad. El parecía adivinar mi pensamiento, y cuando se encontraban nuestros ojos, cosa que sucedía á menudo, porque estábamos sentados casi frente á frente, volvía la cabeza y evitaba entrar en conversación conmigo, de la propia suerte que con los demás viajeros. A la caída de la tarde, aprovechando una parada larga, el caballero de los equipajes lujosos, que era un abogado, según me dijeron, abandonó el coche con su señora y fué á tomar un té. Mientras estuvo fuera entraron nuevos viajeros, y entre ellos venía un señor bastante viejo, muy alto y completamente afeitado, un comerciante al parecer, embutido en un

cumplido capote de pieles y cubierta la cabeza con una gorra no menos cumplida. Este comerciante se sentó frente al asiento vacío del abogado y de su compañera; inmediatamente entró en conversación con un joven que parecía un viajante de comercio, y que acababa de subir igualmente. Empezó la conversación el viajante diciendo «que el sitio de enfrente estaba ocupado», y el viejo respondió «que él se quedaba en la estación próxima». Así empezó la charla.

Yo no me encontraba lejos de esos dos viajeros, y como el tren estaba parado, podía oír trozos de su plática, mientras los otros callaban.

Hablaron primeramente del precio de los artículos en el mercado, y, en general, de asuntos del comercio; nombraron á una persona que ambos conocían y después conversaron sobre la feria de Nijni-Novgorod.

El comisionista se jactaba de conocer personas que andaban allí de francachelas y devaneos; pero el viejo no le dejó continuar, y empezó á relatar antiguas hazañas amorosas y francachelas en las cuales había tomado parte, siendo joven, en Kuna-vino. Se mostraba muy ufano de tales recuerdos, y creía sin duda que en nada padecía con eso la gravedad que denotaban su semblante y sus modales. Contaba cómo, estando beodo, había hecho en Kunavino tales locuras, que no podía decírselas al otro sino en voz baja.

Soltó el viajante una carcajada estrepitosa. El viejo se reía también, enseñando dos dientes larguiruchos, amarillentos. Como no me interesaba semejante charla, salí del vagón para estirar un poco las piernas, encontrándome en la portezuela del coche

al abogado que, seguido de su señora, volvía á ocupar su puesto.—¿Dónde va usted? me dijo, no tendrá tiempo; ha sonado el primer toque y el segundo no se hará esperar.

En efecto, apenas llegué á la cola del tren, se oyó la campanilla. En el momento de entrar, el abogado hablaba en voz alta con su compañera. El comerciante, sentado enfrente de los dos, permanecía taciturno y cabizbajo.

.....  
—Pues como iba diciendo, profirió el abogado sonriente, cuando yo pasé por su lado, ella declaró redondamente á su marido «que no podía ni quería vivir con él, porque...»

Y continuó, pero no me enteré del resto de la frase, distraído por el paso del conductor y de un nuevo viajero. Restablecido el silencio, volví á oír

la voz del abogado: la conversación pasaba de un caso particular á consideraciones generales.

—Después viene la discordia, los apuros de dinero, las disputas entre ambas partes, y los esposos se separan... En otro tiempo rara vez sucedían esas cosas... ¿No es cierto? preguntó el abogado á los dos comerciantes, procurando manifiestamente atraerlos á la conversación.

En aquel momento empezó á moverse el tren; el viejo se descubrió, sin contestar, y se santiguó por tres veces, mascullando una oración. Cuando hubo acabado, se encasquetó la gorra hasta los ojos y dijo:—No, señor, no es cierto; eso sucedía antes igual que hoy, pero algo menos... En los tiempos que corren debe suceder con más frecuencia... ¡Ahora sabe la gente tanto!...

El abogado respondió al viejo algo

que no pude entender, porque, como la velocidad del tren iba en aumento, era tal el ruido, que no les oía ya distintamente. Picado de curiosidad por saber lo que dijese el abuelo, me acerqué. También mi vecino, el caballero nervioso, estaba evidentemente interesado, y prestaba oído sin cambiar de puesto.—Pero ¿qué mal hay en la instrucción? preguntó la señora con una sonrisa apenas perceptible. ¿Sería mejor casarse como antes, cuando los novios no se veían siquiera antes del matrimonio? continuó, respondiendo, según la costumbre de nuestras señoras, no á las palabras de su interlocutor, sino á las que creía que iba á decir. Las mujeres no sabían si llegarían á amar, ni si serían amadas; se casaban con el primer advenedizo, y después lo lloraban toda la vida. Por lo visto, según ustedes, ¿las cosas andaban

mejor de esa manera? prosiguió, dirigiéndose al abogado y á mí solamente.—¡Ahora sabe tanto la gente! volvió á decir el viejo, mirando con desdén á la señora.—Quisiera saber cómo explica usted la correlación entre la instrucción y los disentimientos conjugales, profirió el abogado sonriendo ligeramente.

El comerciante quiso responder, pero la señora se adelantó diciendo:—No, ¡han pasado aquellos tiempos! El abogado le cortó la palabra.—Déjale expresar su pensamiento.—Porque ya no hay temor de nada, repuso el abuelo.—Sin embargo, ¿cómo asociarse á personas que no se quieren? Los animales son los únicos que se aparejan á voluntad del amo. Pero las personas tienen inclinaciones, afectos..., se apresuró á decir la señora, dirigiendo una mirada al abogado, á mí y al viajante, que escu-

chaba en pie y sonriendo maliciosamente.—Señora, dijo el anciano, los animales son bestias, y el hombre ha recibido una ley.—Bien; pero, á pesar de esto, ¿es posible vivir con un hombre cuando no se le ama? insistió la señora, animada indudablemente por la simpatía y la atención con que todos la escuchábamos.—Antes no se hacían semejantes distinciones, replicó el anciano en tono grave; ahora es cuando ha entrado eso en las costumbres. Tan luego ocurre la cosa más pequeña en el matrimonio, dice la mujer: «Ahí te quedas; yo me voy de esta casa.» Hasta entre los aldeanos se ha aclimatado la moda: «Toma, aquí tienes tus camisas y tus calzones; ¡yo me voy con Vanka, que tiene el pelo más rizado que tú!» ¿Es posible entenderse con esas? Y, sin embargo, lo primero para toda mujer debe ser el temor al marido.

El viajante nos miró al abogado, á la señora y á mí, reprimiendo una sonrisa, y dispuesto á burlarse de las palabras del comerciante ó á aprobarlas, según la actitud de los demás.—¿Qué temor? preguntó la señora.—¿Qué temor? ¡Pues el temor del marido! ya lo he dicho; sí, del marido.—Eso se acabó para siempre.—No, señora; eso no puede acabarse nunca. Eva, es decir, la mujer salió de una costilla del hombre, y no será otra cosa hasta el fin del mundo, dijo el anciano, meneando la cabeza tan severamente y con tales aires de triunfo, que el viajante, creyendo decidida en su favor la victoria, soltó una estrepitosa carcajada.—Sí, eso piensan ustedes los hombres, replicó la señora, sin darse por vencida y volviéndose hacia nosotros; ustedes se han reservado la libertad para su uso solamente; en cuanto á la mujer,

quieren encerrarla en el serrallo. A ustedes les es permitido todo. ¿Es cierto?—¡Un hombre es muy diferente!—¿De modo que, según usted, al hombre le es permitido todo, no es verdad?—Nadie ha dicho tal cosa, señora; lo que hay es que, si el hombre anda en malos pasos fuera de casa, no por eso se aumenta la familia; pero la mujer, la esposa, es un cristal que fácilmente se rompe, continuó el comerciante con la misma severidad.

Su tono autoritario subyugaba evidentemente al auditorio; la misma señora se veía derrotada, pero no se daba por vencida.—Sí; pero usted admitirá seguramente que la mujer es un sér humano, y tiene sentimientos, como el marido. ¿Qué debe hacer, pues, si no quiere á su esposo? diga usted.—¡Si no le quiere!... dijo el viejo, descomponiéndose y frunciendo el

ceño. ¡Pues no faltaba más! ¡se la obliga á que lo quiera!

Este argumento inesperado pareció de perlas al comisionista, que se creyó en el caso de acogerlo con muestras de asentimiento.—No; señor; eso no es posible. Nunca podrá obligarse á nadie á querer por la fuerza; cuando no hay cariño esto es imposible.—Y si la mujer falta al marido, ¿qué ha de hacerse entonces? dijo el abogado.—Eso no puede suceder, contestó el abuelo. Hay que andar con mucho cuidado.—Pero ¿y si ocurre á pesar de los cuidados? ¿Convendrá usted en que ocurre con frecuencia?—¡Sucede entre los señorones, es cierto; pero entre nosotros no! respondió el abuelo. Y si hay maridos tan imbéciles que no dominen á su mujer, merecido tienen cuanto les ocurra. Pero, de todos modos, nada

de escándalos. Ten ó no tengas cariño; pero no trastornes la casa. Todo marido puede doblegar á su mujer. ¡Para eso es fuerte! Yo no ignoro que hay imbéciles que se dejan dominar por sus mujeres; peor para ellos, que se arreglen allá con su manera de vivir...

Calláronse todos. Adelantóse el comisionista, y no queriendo quedarse á la zaga en el debate, dijo siempre sonriente:—Sí, en casa de nuestro principal ha ocurrido un escándalo. y no es fácil ver claro en el asunto. Se trata de una mujer amiga de divertirse y que ha empezado á torcerse. El es un hombre entendido y serio. Primeramente era con el tenedor de libros. El marido trató con la mayor dulzura de reducirla á la razón; pero ella no cambiaba de conducta, sino que, al contrario, cometía las acciones más feas, y hasta dió en robarle

el dinero. El la maltrataba. ¡Cómo si no! La cosa iba de mal en peor. Empezó á admitir requiebros de un hombre que no era cristiano, es decir, de un hereje, de un judío, con perdón de ustedes. ¿Qué podía hacer mi principal? La ha dejado á sus anchas, y él vive ahora como soltero, mientras ella vive arrastrándose por esos mundos de Dios, vamos, perdida...—Es que él es un imbécil, dijo el viejo. Si desde el primer día no la hubiese dejado campar por sus respetos y la hubiese atado corto, viviría honradamente. ¡Ya lo creo! Hay que acabar con esas libertades desde el principio. *No te fíes de caballo en camino real, ni de la mujer en tu casa,* dice el adagio.

En este momento pasó el revisor pidiendo los billetes para la estación próxima. El viejo le dió el suyo.—Sí, hay que dominar á tiempo al sexo



femenino; si no, se lo llevará todo el diablo.—Pero vamos: ¿usted no la ha corrido también en Kunavino con buenas mozas? preguntó el abogado sonriendo.—¡Eso es distinto! dijo severamente el comerciante. Adiós, añadió levantándose del asiento.

Envolvióse en su capotón de paño, saludó quitándose la gorra, cogió el saco de viaje y salió del coche.

## II

Así que se hubo marchado el viejo, se generalizó la conversación.—¡He ahí un vejete del Antiguo Testamento! exclamó el viajante.—Es un Domostroy (1), dijo la señora. ¡Vaya unas ideas salvajes sobre la mujer y el matrimonio!—Señores, repuso el abogado; todavía estamos muy dis-

(1) El Domostroy es un código matrimonial del tiempo de Iván el Terrible. (N. del A.)

tantes de las ideas europeas con respecto al matrimonio. En primer término, los derechos de la mujer; luego la mujer libre; después el divorcio, como cuestión no resuelta aun... y en fin, qué sé yo...—Lo esencial, y lo que no comprenden sujetos como ese, interrumpió la señora, es que sólo el amor consagra el matrimonio, y que el verdadero matrimonio es el consagrado por el amor, y no otro,

El viajante escuchaba con atención y guardaba en la memoria las conversaciones instructivas que oía para explotarlas en lo sucesivo.—¿Y qué amor es ese que consagra el matrimonio? dijo de improviso el caballero nervioso y taciturno, que se había aproximado sin que ninguno de nosotros lo notara.

Estaba de pie con la mano apoyada en el banco, y visiblemente impresionado. Tenía encarnada la cara,

hinchada una vena de la frente y temblorosos los músculos de las mejillas.—¿Qué amor es ese que consagra el matrimonio? volvió á decir.—¿Qué amor? contestó la señora. ¡El amor común entre esposos!—Pero ¿cómo puede ocurrir que sea capaz de consagrar el matrimonio un amor común? continuó visiblemente impresionado el caballero nervioso.

Y pareció que intentaba decir algo desagradable á la señora.

Ella lo comprendió sin duda, y empezó á aturdirse.—¿Cómo? pues muy sencillo, dijo.

El caballero nervioso cogió la palabra al vuelo.—¡No; muy sencillo, no!—La señora dice, intercedió el abogado, señalando á su esposa, que el matrimonio debe ser ante todo resultado de un afecto, de un amor, si usted quiere; y que cuando existe el amor, el matrimonio representa algo

sagrado, pero sólo en tal caso; mientras que todo matrimonio que no se funda en un afecto natural, en el amor, no encierra nada que obligue moralmente. ¿No es cierto, señora?... Por consiguiente... añadió el abogado, pretendiendo continuar las discusiones.

El caballero nervioso no le dejó acabar y, haciendo grandes esfuerzos por contenerse, preguntó:—Bien, sí, señor; pero ¿cómo ha de entenderse ese amor, única cosa que consagra el matrimonio según ustedes?—Todo el mundo sabe lo que es el amor, dijo la señora.—Pues yo no lo sé, y desearía saber cómo lo define usted.—¿Cómo? Pues muy sencillamente.

Quedóse pensativa, y después continuó de esta manera:—El amor... el amor... es la preferencia exclusiva de una persona á todas las demás.—¿Una preferencia por cuánto tiempo?...¿Por

un mes, por dos días, por media hora?—arguyó el caballero con una irritación singular.—No, cálmese usted y dispense, sin duda no me ha entendido, puesto que su contestación es muy distinta á lo que yo afirmo y pretende refutar.—¡Sí; hablo absolutamente de lo mismo! de la preferencia de una persona á todas las demás... Pero pregunto: ¿una preferencia por cuánto tiempo? ésta es la cuestión.—¿Por cuánto tiempo? Por mucho, y á veces por toda la vida.—Bien, pero todo eso se ve en las novelas, y jamás en la vida práctica; pues la preferencia de uno sobre todos, rara vez dura varios años; lo más común es que sólo dure meses, cuando no semanas, días, horas, minutos... —¡A! No, no, señor. ¡Usted dispense! dijimos los tres á la vez.

Hasta el viajante profirió un monosílabo de reprobación.—¡Sí, ya sé!

dijo gritando más que todos. ¡Ustedes hablan de lo que se cree que existe, y yo hablo de lo que existe efectivamente! Cualquier hombre experimenta lo que ustedes llaman amor por todas las mujeres bonitas, y muy poco por su mujer. De ahí el refrán que no miente: *Es la mujer ajena miel, y la propia, hiel.*—¡Ah! Lo que usted dice es horrible. Y el hecho es que existe entre los seres humanos ese sentimiento que se llama amor, y que dura, no meses y años, sino toda la vida.—No, no existe tal cosa; yo lo afirmo. Aun admitiendo que Menelao hubiese preferido á Elena por toda la vida... Elena prefirió á Paris; es lo que ha sucedido, sucede y sucederá siempre, y no puede ser de otra manera, como no puede suceder que, en un saco lleno de garbanzos, dos ellos, marcados con una señal especial, vayan á colocarse siempre el uno al lado

del otro. Sobre que no es ya una cosa problemática, sino cierta, que ha de venir la saciedad ó el aborrecimiento por parte de Elena ó por parte de Menelao. La única diferencia que puede haber en esto, es que el uno se cansa más tarde ó más temprano que el otro, pero amarse toda la vida, vamos, señores, repito que eso no se ve más que escrito en las novelas tontas, ni pueden creerlo más que los niños. Amar á una persona toda la vida es como si se dijera que una vela puede arder siempre.—Pero es que usted habla del amor físico...¿No admite usted un amor basado en una conformidad de ideales, en una afinidad espiritual?—¿Por qué no? Pero en ese caso no hace falta procrear. Dispensen ustedes mi rudeza. ¡Lo raro es que esa armonía de ideales no se ve entre viejos, sino entre personitas jóvenes y agraciadas (aña-

dió con una sonrisa irónica). Sí; yo afirmo que el amor, que el verdadero amor no consagra el matrimonio, como solemos creer, sino que, al contrario, lo destruye.—No soy de su opinión, repuso el abogado; á cada aserto, los hechos de la vida real desmienten sus teorías, sobre el matrimonio, pues toda la humanidad, ó, por lo menos, la mayor parte, hace la vida conyugal, y muchos esposos acaban tranquilamente una larga vida de unión.

El caballero nervioso sonrió maliciosamente:—¿Y qué? Me dice usted que el matrimonio se funda en el amor; y cuando yo niego la existencia de todo otro amor que el que proviene del goce de los sentidos, quiere usted probarme la existencia del amor por el hecho del matrimonio, que es por parte del hombre una violencia y una mentira por parte de la mujer.—

No, no hay tal, objetó el abogado. Yo sólo digo que los matrimonios han existido y existen.—Pero, ¿cómo y por qué? Han existido y existen para gentes que han visto y ven en el matrimonio algo sacramental... una obligación contraída ante la divinidad. Para esos, existen, y para nosotros no son más que hipocresía y violencia. Estamos convencidos de ello y para acabar tan inicua farsa, predicamos el amor libre; pero predicar el amor libre no es en sustancia sino invitar á volver á la promiscuidad de los sexos (usted dispense, dijo á la señora), al pecado á la buena de Dios de los *raskolniks*. Los viejos cimientos no son ya tan sólidos como antes y hay que edificar sobre otros nuevos, pero no predicar la vida licenciosa.

Al hablar así se acaloró de tal modo que todos callaron, mirándole con asombro.—Y, sin embargo, la

situación transitoria es terrible. Las gentes comprenden que no se puede admitir el pecado al azar. Hace falta regularizar de algún modo las relaciones sexuales; pero no existe más base que la antigua, en que ya nadie cree. Las personas siguen casándose lo mismo que antes, pero han perdido la fe en el matrimonio, lo cual lleva consigo la mentira y la violencia. La mentira, por sí, no es para los esposos una carga pesada, ambos cónyuges representan ante el mundo una comedia considerándose como monógamos (cosa que no está bien, si en realidad son polígamos); pero, en fin, eso puede aguantarse con paciencia. Mas cuando marido y mujer, como á menudo sucede, después de haberse comprometido á pasar juntos toda la vida (sin saber por qué), se encuentran con que ya al segundo mes sienten deseos de separarse, y

sin embargo siguen viviendo juntos, entonces sobreviene una existencia infernal y las víctimas de semejante tortura no tienen otro remedio á sus males que la embriaguez ó el suicidio.

Todos guardaron silencio; nos encontrábamos en una situación violenta.—Sí, no puede negarse que en algunas ocasiones la vida marital termina por una tragedia espantosa. Vean ustedes, por ejemplo, el caso de Posdnicheff (dijo el abogado, queriendo desviar la conversación de aquel terreno inconveniente y demasiado excitante). ¿Han leído ustedes cómo mató á su mujer por celos?

La señora contestó que no había leído nada sobre ese crimen. El caballero nervioso no desplegó los labios, y cambió de color. De repente dijo: Veo que ha adivinado usted quién soy.—No, no he tenido ese gus-

to.—El gusto no es muy grande. Yo soy Posdnicheff.

Nuevo silencio. Posdnicheff se sonrojó, y volvió á palidecer en seguida.—Después de todo nada importa. Ustedes dispensen, no quiero molestarlos.

### III

Volví á sentarme en mi asiento. El abogado y la señora cuchicheaban. Yo estaba sentado junto á Posdnicheff, y guardaba silencio. Tenía deseos de hablarle, pero no sabía por dónde empezar, y así pasó una hora, hasta la próxima estación, en la cual se quedaron el abogado, la señora y el viajante. Posdnicheff y yo nos quedamos solos.—¡Lo dicen, pero mienten ó se engañan! exclamó Posdnicheff.—¿De que habla usted?—Pues... siempre de lo mismo.